

# **Música para una velada de verano**

Domingo, 24 de agosto de 2014

7 de la tarde

Holy Trinity Church, Westbury-on-Trym, Bristol

## **Zoe Maisey y Lucas Kennedy**

tocarán obras de

**Brahms, Debussy, Chopin,**

**Liszt y Scarlatti**

«Nadie debería perderse a estos dos precoces  
adolescentes llenos de talento que debutan en Bristol.

Promete ser una velada de lo más especial».

*Bristol Evening Post*

### **En beneficio de la Sociedad de Ayuda Familiar**

Precio de la entrada: 6 £ adultos, 3 £ niños;

15 £ abono familiar

*Para hacer sus reservas o para cualquier consulta  
sobre futuras actuaciones, pueden contactar con  
Maria escribiendo a: [maria.maiseykennedy@gmail.com](mailto:maria.maiseykennedy@gmail.com)*



## DOMINGO POR LA NOCHE

### *El concierto*

ZOE

**A**NTES DE QUE empiece el concierto, me detengo un momento nada más cruzar el umbral de la iglesia y miro la nave central. Aunque en el exterior todavía hay luz, en las bóvedas del techo ya habitan las sombras y detrás de mí oigo cómo se cierran las impresionantes puertas de madera.

Dentro, las últimas personas acaban de ocupar sus asientos entre el público. Está casi todo lleno. El sonido de sus voces produce un murmullo de tono neutro.

Me estremezco. Por la tarde, cuando estaba sudando por el calor pegajoso y cansada tras el ensayo, no me di cuenta de que en la iglesia la temperatura sería fresca, incluso aunque el aire de afuera pareciera salido de un horno, y elegí para ponerme esta noche un vestido corto, negro y con unos tirantes finísimos, así que ahora tengo frío. Se me ha puesto la piel de gallina en los brazos.

El calor se ha quedado al otro lado de las puertas de la iglesia al cerrarlas para que el ruido de fuera no nos moleste; no es que este barrio de Bristol sea conocido por lo escandalosos que son sus habitantes, pero al fin y al cabo la gente ha pagado por sus entradas para oír la música.

Y no es solo por eso. El concierto es mi primera actuación desde que salí del Centro y también la primera dentro de mi segunda oportunidad de tener una vida.

Como mi madre ha dicho como unas cien veces hoy: «Este concierto tiene que salir lo más perfecto posible».

Miro a Lucas, que está de pie a mi lado. Solo nos separan un par de milímetros de aire.

Él lleva unos pantalones negros, que mi madre ha planchado cuidadosamente con raya esta misma tarde, y una camisa también negra. Está guapo. Ha conseguido domar su pelo marrón oscuro lo justo, aunque no del todo. Creo que si se molestara un poco más, podría hacer que todas esas chicas ingenuas que leen novelas de vampiros se murieran por él.

Yo también estoy bastante bien, o al menos lo estaré cuando se me quite la piel de gallina. Soy de constitución menuda, tengo la piel pálida e impecable y el pelo largo y muy rubio, aunque bastante fino, tanto que parece el hilo de una telaraña brillando a la luz del sol. El contraste del pelo con el vestido negro es impresionante. Además, a veces, con la luz precisa, parece casi blanco, y eso me da un aire de inocencia.

«Fragil y delicada como una cervatilla», así me describió la fiscal de mi juicio, y en principio no me pareció tan mal, pero añadió algo que todavía me duele al recordarlo: «Pero no se dejen engañar por su apariencia».

Flexiono los dedos y los entrelazo para asegurarme de que los guantes que llevo me quedan bien ceñidos y cómodos, como a mí me gustan, y después dejo caer los brazos a los lados y los sacudo para que las manos se muevan. Quiero tener los dedos calientes y flexibles. Los quiero latiendo por la circulación de la sangre.

A mi lado Lucas sacude las manos también, pero él lo hace despacio, primero una y después la otra. Los pianistas se dedican a detectar ese movimiento de las manos en otros pianistas, como hace el resto de la gente con los bostezos.

En el otro extremo de la nave, delante del altar, se ve el impresionante piano sobre una plataforma baja, con sus intestinos de macillos y cuerdas expuestos y reflejados en la parte interior de la brillante tapa negra inclinada. Nos está esperando. Lucas lo mira fijamente, muy centrado, como si fuera la pared vertical de un glaciar que está a punto de intentar escalar con las manos desnudas.

Ambos tenemos maneras diferentes de enfrentarnos a los nervios. Él se queda muy quieto, empieza a respirar por la nariz despacio y no contesta cuando le hablan.

Por el contrario, yo no paro, y mi mente repasa a toda velocidad las cosas que tengo que hacer y el orden que he de seguir antes de empezar la actuación. La concentración absoluta no llega hasta que toco la primera nota; entonces la música, pura y blanca como un sudario, me envuelve y todo lo demás desaparece.

Hasta ese momento tengo los nervios de punta, como Lucas.

Hay una señora al lado del piano que acaba de presentar el concierto. Nos hace un gesto y va saliendo del escenario haciendo una reverencia tras otra, casi arrastrándose.

Ha llegado nuestro momento de subir.

Me quito los guantes rápido y los dejo en una mesa donde hay café y panfletos para la catequesis, y Lucas y yo caminamos juntos por el pasillo, como si estuviéramos en el ensayo de una boda. Cuando empezamos a andar, las cabezas del público se van volviendo poco a poco para mirarnos, una fila detrás de otra.

Pasamos junto a mi tía Tessa, que se está ocupando de una cámara de vídeo que hemos preparado para grabar la actuación. La idea es ver la grabación después para buscar imperfecciones e identificar cosas en las que se puede introducir alguna mejora.

Tessa mira la cámara con los ojos entornados, nerviosa, como si de repente pudiera girarse y darle un lametón en la cara, pero aparta la mirada un momento para vernos pasar y levanta el pulgar. Adoro a Tessa; es una versión mucho más calmada de mi madre. No tiene hijos y dice que eso hace que yo sea aún más especial para ella.

Las otras caras que llenan la iglesia sonríen cuando Lucas y yo caminamos entre ellas, pero, según nos vamos acercando, lo que se ve son arrugas de concentración y expresiones de ánimo. Ahora tengo diecisiete años, pero conozco esas caras desde que era pequeña.

Mamá describe a ese tipo de personas como nuestros «seguidores». Dice que, si tocamos bien, vendrán a vernos una y otra vez y además se lo dirán a sus amigos. Pero esos seguidores no son santo de mi devoción; no me gusta cuando se acercan después del concierto y dicen cosas

como: «Tienes un verdadero don», como si tocar el piano no fuera algo que hay que trabajar todos los días para alcanzar la perfección.

Casi se ve la palabra «genio» parpadeando en sus mentes, como un cartel de neón con su luz sugerente. Cuidado con eso, les diría si me preguntaran. Tengan cuidado con lo que desean, porque tiene un precio.

En la primera fila de la iglesia, las últimas caras en las que me fijo son la de mi madre y la del padre de Lucas. O, dicho de otra manera, mi padrastro y su madrastra, porque Lucas y yo somos hermanastros. Como siempre, son las caras demasiado felices de unos padres que están ocultando un nivel de ambición paternal que podría acabar asfixiando a cualquiera.

Lucas va delante, y cuando yo llego a la plataforma en la que está el piano, él ya se está sentando.

Vamos a empezar tocando una pieza a cuatro manos. Es una de las favoritas de la gente y cosa de nuestros padres. Ellos creen que tocar juntos para abrir el concierto nos ayuda a calmar los nervios.

Tanto Lucas como yo preferiríamos tocar solos, pero les seguimos la corriente, en parte porque no tenemos elección y también porque los dos somos intérpretes natos, y los intérpretes quieren tocar, necesitan tocar y adoran tocar.

Un intérprete se prepara todo el tiempo para interpretar.

Así que lo hacemos, y lo hacemos lo mejor que podemos.

Cuando me siento al piano, mantengo la espalda muy recta, y aunque noto que las entrañas se me retuercen y se hacen una maraña, como una bola de gomas elásticas, le sonrío al público. Pero no sonrío demasiado; es importante que parezca también humilde, que consiga clavar exactamente la cara de actuación.

Lucas y yo invertimos unos minutos en colocarnos y ajustar las banquetas del piano. Ya sabemos que están exactamente como deben, porque hemos probado el piano antes de que llegara todo el mundo, pero aun así las desplazamos un poco, revisamos el espacio entre las dos y reacomodamos la altura un milímetro nada más. Es parte de la actuación. Es por los nervios. O por el espectáculo. O por ambos.

Cuando los dos estamos sentados a nuestro gusto, pongo las manos sobre las teclas. Tengo que esforzarme para controlar la respiración por-

que siento el corazón acelerado, pero mi cerebro está centrado en la música que tengo por delante y el resto de mi ser solo espera oír esas primeras notas, que son como el disparo que da la salida de una carrera.

El público está en silencio. Solo se oye una tos que resuena en las bóvedas y entre las columnas. Lucas espera a que ese ruido se desvanezca y reine un silencio absoluto; entonces se limpia las palmas en las perneras de los pantalones y después pone las manos sobre las teclas.

Ahora no existe nada más que esa hilera blanca y negra que hay bajo nuestras manos. Yo observo sus manos atentamente, como un animal que vigila su presa, a punto de abalanzarse. No puedo perderme su señal. Hay un par de segundos de silencio perfecto antes de que él arquee las palmas y sus manos reboten levemente una, dos, tres veces.

Y nos ponemos a tocar en perfecta sincronía.

Cuando lo hacemos, la gente se queda deslumbrada, todo el mundo lo dice. La energía que producen dos pianistas, cuando es la correcta, puede ser electrizante: controlar ese poder, el tono y la dinámica es como estar en la cuerda floja, porque todo tiene que guardar un equilibrio exacto. No ha salido tan bien esta tarde, cuando ensayamos pasando calor, y acabamos cansados y enfadados el uno con el otro, pero esta noche... es brillante. Es algo perfecto, hermoso, los dos nos metemos de lleno en la música, y eso es algo que no pasa siempre. La verdad es que la mayoría de las veces no pasa.

De hecho, estoy tan concentrada que al principio ni siquiera oigo los gritos, y no oír los gritos supone que no me doy cuenta de que lo que se acaba de desencadenar es el fin.

Pero ojalá me hubiera dado cuenta.

¿Y por qué deseo eso?

Porque, seis horas más tarde, mi madre estará muerta.

## LUNES POR LA MAÑANA

SAM

**A**LAS OCHO DE la mañana Tessa sigue durmiendo, pero yo llevo despierto desde el amanecer.

Soy abogado penalista y tengo mucho trabajo. Normalmente trabajo hasta tarde y suelo dormir profundamente hasta que suena el despertador, pero hoy tengo una cita en el hospital, una cita que lleva más de una semana en mi agenda; desde entonces no ha dejado de rondarme por la cabeza y esta mañana ocupa toda mi mente desde el mismo momento en que abrí los ojos.

Las cortinas de la ventana del dormitorio están cerradas, dejando el cuarto a oscuras, pero cuando se agitan un poco por la brisa del río, la luz se filtra por los laterales proyectando curvas perezosas e impredecibles. Si las abriera, vería afuera el extenso muelle flotante y la colorida mezcla de modernos apartamentos, viejos almacenes y cobertizos para botes que hay en la orilla opuesta.

Pero no las abro.

Me quedo en la cama y noto que la brisa es tan suave que apenas altera la quietud de la habitación. Dijeron que iba a haber una tormenta anoche, pero no fue así; solo tuvimos un breve y violento chaparrón de lluvia, seguido de una fina llovizna que nos dio un respiro del calor temporalmente. Pero ha sido demasiado breve, porque ya ha vuelto y está empezando a volverse pegajoso otra vez.

Tessa llegó bajo la lluvia, en medio de la noche.



Se disculpó por molestarme, como si no acabara de alegrarme la noche. Me dijo que me había llamado, pero que no había podido localizarme. Yo no oí el móvil porque me había quedado dormido en el sofá, delante de la televisión, con los restos de un *chow mein* especial en el regazo y la carta del hospital sobre el pecho.

Al abrirle la puerta, me fijé en que bajo sus ojos, en su piel mojada, se veían dos medialunas oscuras producto del agotamiento. Y cuando la abracé se quedó inmóvil, como si todos los músculos de su cuerpo estuvieran demasiado tensos.

Me dijo que no quería hablar, así que no quise presionarla. Lo nuestro es una aventura tranquila, respetuosa; ni pedimos, ni tampoco esperamos, que ninguno de los dos se desahogue emocionalmente con el otro. Lo que pretendemos más bien es proporcionarnos a ambos un refugio: un lugar sólido y seguro en el que habitar, donde estamos, casi con total seguridad, lo que dos adultos menos reservados llamarían «enamorados» (aunque nosotros nunca diríamos algo así).

Yo soy un hombre tímido. Me mudé de Devon a Bristol hace dos años, porque eso es lo que hay que hacer si quieres evitar pasarte toda tu vida y tu carrera rodeado de un reducido círculo de gente, siempre el mismo, en el sitio donde te has criado. En Bristol había oportunidades interesantes y acababa de ocuparme del caso de Zoe Guerin, así que me pareció que era un buen momento para el cambio.

Pero no me ha ido como esperaba. Tengo casos más variados y la cantidad de trabajo es mayor, cierto, pero me ha costado mucho hacer nuevas amistades porque trabajo muchas horas y no se conoce a muchas potenciales parejas en las visitas a las cárceles o en las vistas en el juzgado. Así que cuando Tess y yo nos encontramos en la calle un día, me pareció algo caído del cielo: era una cara conocida y compartíamos cierta historia, por difícil que fuera. Así que fuimos estableciendo rápidamente una rutina en la que pasábamos momentos juntos, solo para tomar café o alguna copa al principio, aunque después surgió algo más. Pero Tessa está casada, así que hasta ahí hemos podido llegar. No podemos dar más pasos si ella no deja a su marido.

Anoche, cuando llegó, se dejó caer en mi sofá como si su cuerpo acabara de desinflarse. Fui a por una cerveza fría para ella y de camino

a la cocina guardé discretamente la carta del hospital en un cajón para que no la viera. No quería que eso estropeará las cosas entre nosotros, al menos no hasta que estuviera seguro. No hasta después de la cita de hoy. No es difícil ocultar la falta de sensación en la mano izquierda que tengo. Nadie en el trabajo lo ha notado de momento.

Ella se bebió la cerveza despacio y vimos una película de Hitchcock a oscuras; las imágenes en blanco y negro de la pantalla parpadeaban de tal manera en las paredes que parecía que la habitación estuviera animada. A mi lado Tessa estuvo viendo la película muy quieta y sin decir nada; solo un par de veces se movió para pasarse la botella fría por la frente. Yo le lanzaba miradas de reojo cuando podía, preguntándome qué le pasaría.

Tessa no tiene el pelo rubio platino, la piel clara y las facciones finas de su hermana y su sobrina (tampoco su altivez), pero sí que tiene sus penetrantes ojos azules. El grueso y sedoso pelo rubio rojizo recogido, las facciones abiertas de su cara con forma de corazón y las pecas de su piel le dan una apariencia accesible y amable. Sus ojos brillan a menudo, divertidos. Y tiene la figura atlética y una actitud práctica y eficiente. Para mí es preciosa.

La miro ahora, en la cálida oscuridad del dormitorio: está tumbada con las manos sobre la almohada, junto a la cara, con los dedos flexionados muy cerca de sus labios. Solo la resplandeciente alianza de su dedo anular me estropea la imagen.

Tras pasar un rato mirándola, salgo de la cama porque tengo ganas de desayunar. Estoy rebuscando en una pila de ropa sucia que hay en el suelo para encontrar algo que ponerme cuando vibra mi teléfono.

Lo cojo apresuradamente porque no quiero que la despierte.

El nombre que sale en la pantalla es el de Jeanette, mi secretaria. Ella siempre llega temprano a trabajar, sobre todo los lunes.

Se produce una lucha en el interior de mi mente para decidir si respondo o no, pero lo cierto es que soy un tío muy responsable, así que realmente la batalla estaba perdida en cuanto oí el móvil. Descuelgo el teléfono.

—Sam, perdona, pero hay aquí una persona que quiere verte.

—¿Quién es? —pregunto.

Repaso mentalmente la lista de mis clientes más importantes, intentando adivinar cuál de ellos es el que se ha apartado del buen camino y se ha vuelto a meter hasta las rodillas en el barro.

—Es una chiquilla —dice Jeanette en un susurro.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

Estoy pensando que no puede ser, no, ¿verdad? Pero solo he tenido una cliente adolescente.

—Dice que se llama Zoe Maisey, pero que tú la conoces como Zoe Guerin.

Salgo del dormitorio y entro en el baño de al lado, cierro la puerta y me siento en la bañera. Aquí la luz de la mañana entra a través del cristal esmerilado, llenando la habitación de un resplandor amarillo e inundando de claridad mis pupilas dilatadas por la oscuridad.

—¿Es broma?

—Me temo que no. Sam, dice que su madre apareció muerta anoche.

—Oh, Dios santo...

Esas tres palabras se quedan muy cortas para expresar mi total incredulidad, porque Zoe es la sobrina de Tessa y su madre, Maria, es su hermana.

—¿Sam?

—¿Se puede poner al teléfono?

—Insiste en que quiere verte.

Calculo si es posible; mi cita en el hospital no es hasta última hora de la mañana, así que probablemente tendré tiempo antes para ocuparme de este tema, al menos parcialmente.

—Dile que voy para allá.

Estoy a punto de colgar el teléfono cuando Jeanette añade:

—Está con su tío.

Las entrañas me dan otro vuelco porque el tío de Zoe es el marido de Tessa.

## DOMINGO POR LA NOCHE

### *El concierto*

TESSA

CUANDO NO TIENES hijos, la gente tiene la tendencia a darte cosas para que te ocupes de ellas. Creo que asumen que no tienes en qué volcar los instintos maternos y de protección que seguramente sientes.

La noche del concierto de Zoe el sustituto de un hijo que me dan para que me encargue de él es la cámara. Me dicen que tengo que estar pendiente de ella durante toda la representación, para grabarla en su totalidad. «Es una tarea importante», me asegura mi hermana con un tono muy pedante, como si yo fuera tonta.

¿Hablamos ya de las razones por las que no tengo hijos y así nos quitamos eso de en medio? Sí, tratemos ese tema. A pesar del hecho de que soy una profesional con éxito y que eso me llena y me hace feliz, ese detalle es el que le provoca más curiosidad a todo el mundo.

Pues ahí va: existe una cosa que se llama «infertilidad idiopática». Es algo oficial, a pesar de lo raro que suena, y eso es lo que yo tengo. Mi marido Richard y yo lo descubrimos cuando teníamos ya más de treinta años, porque decidimos dejar lo de tener hijos para después de viajar y estabilizarnos en nuestras carreras profesionales.

Cuando nos enteramos, probamos la fecundación *in vitro*; hicimos tres ciclos antes de rendirnos. La gestación subrogada no me convencía; no soy lo bastante valiente. La adopción: lo mismo por idéntica razón. De todas formas, ahora ya no nos considerarían aptos, no teniendo en cuenta el problema de Richard con la bebida.

Y si lo que creen es que soy alguien sin instinto maternal o protector, me echaría a reír a carcajadas, porque da la casualidad de que soy veterinaria.

Mi consulta está en el centro de la ciudad, en un punto en el que confluyen varios barrios muy diferentes de Bristol. En un día normal veo entre veinte y veinticinco animales, a los que palpo, pincho, acaricio, calmo y a veces hasta tengo que atar para poder ocuparme de sus problemas de salud física o psicológica. Y después tranquilizo, aconsejo y a veces incluso acaricio también a sus dueños, si las noticias que tengo que darles no son buenas.

En pocas palabras, durante la semana me dedico a cuidar y proteger la mayor parte del tiempo.

Pero hay cierta ironía en todo esto, algo que nunca se me escapa cuando estoy con mi hermana pequeña y sobre todo cuando me lía para ayudar de alguna forma a su familia, como esta noche.

Cuando éramos pequeñas, María era la niña traviesa mientras que yo era la perfecta en todo. Ella de niña tenía mucho potencial, sobre todo potencial musical, lo que emocionó mucho a mis padres, pero María nunca estuvo a la altura de sus expectativas.

Desde muy pequeña siempre fue dinámica y divertida, pero cuando cumplió los catorce se volvió loca. Mientras yo me encerraba en mi habitación por las noches para estudiar sin descanso, con mis sueños puestos en la Facultad de Veterinaria, su mesa, que estaba al otro lado de la habitación, estaba cubierta de productos de maquillaje que había dejado tirados tras arreglarse para salir de fiesta. Dejó de estudiar, dejó de tocar música clásica y se dedicó a pasárselo bien.

Le parecía que el resto de las cosas no tenían ningún sentido, decía, a pesar de que a mi padre se le salían los ojos de las órbitas cuando la oía hablar así.

A mí, sin novios, más feúcha y con menos habilidades sociales que mi guapa hermana pequeña, me encantaba vivir indirectamente a través de ella, y creo que a ella también le gustaba. Cuando volvía a casa a altas horas de la madrugada me contaba sus secretos en voz baja: los besos que le habían dado, lo que había bebido y las pastillas que había tomado, los celos y los triunfos... aventuras, en definitiva.

Pero después, para gran sorpresa nuestra, con diecinueve años conoció a Philip Guerin en un festival de música. Él tenía veintisiete y ya había heredado la granja de la familia. Y ella se fue a vivir allí con él y al poco tiempo se casaron. De repente. «Viviendo un sueño», solía decir mi madre sarcásticamente mientras se retorció las manos.

Zoe llegó poco después. Maria la tuvo con solo veintidós años y creo que fue después de eso cuando la realidad de la vida en la granja con una niña pequeña le fue quitando poco a poco la pátina brillante que la había cubierto siempre. Pero no se rindió y lo dejó todo, lo que la honra. Empezó a volcar todas sus energías en Zoe, y en el momento en que la extraordinaria musicalidad de la niña quedó patente, cuando con solo tres años empezó a tocar canciones de oído en el piano de la granja, Maria hizo que cultivar el talento de su hija se convirtiera en su misión en la vida.

Eso fue antes del accidente, claro; después las cosas empezaron a irles muy mal. Pero adonde quiero llegar es a que, durante todo ese tiempo, y tras haberlo hecho todo bien en mi vida, tras estudiar mucho y seguir las normas, sí, estoy casada, pero he acabado sin poder tener hijos. Yo ya me he hecho a la idea, pero Richard no lo lleva tan bien, sobre todo tras una dramática decepción profesional, que además coincidió con mi negativa a intentar un cuarto ciclo de fecundación *in vitro*.

Así es como hemos llegado a esta noche, en la que estoy ayudando a mi hermana y a Zoe, que es algo que me encanta hacer cuando Maria me deja. Estoy deseando que empiece la actuación, porque Zoe ha recuperado el nivel que tenía antes de ir al Centro y estoy segura de que va a deslumbrar a todo el mundo. Y yo espero hacer bien la tarea que me han encomendado y grabarlo todo.

Solo he conseguido que Lucas, el hijo del nuevo marido de mi hermana, me dedicara treinta segundos para contarme cómo funciona la cámara. Lucas es un loco de las cámaras y las películas, así que diría que estaba en buenas manos, pero no sé si esas breves instrucciones serán suficientes, porque yo soy de naturaleza más bien tecnófoba, y cuando me estaba dando las explicaciones sentía que las palabras flotaban dando vueltas alrededor de mi cabeza como un banco de peces en pleno pánico.

Me gustaría que Richard estuviera aquí conmigo, ayudándome, pero me ha dejado tirada otra vez.

Justo hace una hora, cuando ya teníamos que empezar a prepararnos para el concierto, fui a buscarlo. Estaba en el cobertizo que hay al fondo del jardín, supuestamente trabajando en la maqueta de un avión, pero cuando llegué me lo encontré exprimiendo el plástico del interior de un tetrabrick de vino para sacarle las últimas gotas. Había arrancado el cartón y estaba masajeando y retorciendo esa bolsa plateada sobre una taza de té, como si fuera una ubre reticente.

Mientras le miraba desde el umbral, unas cuantas pálidas gotas de líquido cayeron de la bolsa a la taza. Richard se las bebió inmediatamente. Entonces me vio. No se disculpó ni se esforzó por ocultar lo que estaba haciendo.

—¡Tess! —saludó—. ¿Tenemos otra caja de vino?

Desde la puerta noté que su aliento apestaba y que arrastraba las palabras; aunque estaba intentando comportarse como un bebedor civilizado, alguien que solo está disfrutando de una copita de vino blanco el domingo por la tarde, en su cara había vergüenza y sus manos temblaban de forma exagerada. La maqueta de madera seguía allí, en su caja, esperando a que alguien la montara, con todas esas piezas cortadas con precisión todavía colocadas en perfecto orden bajo el manual de instrucciones sin abrir.

—En el garaje —contesté.

Y salí de allí para irme al concierto sola.

Así es como he acabado aquí, con una cámara que no estoy segura de que esté funcionando correctamente, la cabeza a punto de reventar y el corazón lleno de decepción, diciéndome que no debo, por nada del mundo, ceder a la tentación e ir a ver a Sam tras el concierto de esta noche, porque eso estaría mal.